

¿Hacia el suicidio cultural o una palabra nueva?

por Serguei Kara-Murza

El estado de la cultura de una sociedad se refleja en cada casa, cada mirada o gesto. Algo dice el número de teatros o museos, pero más significativo es el hecho de que Moscú, antes una de las ciudades más limpias del mundo, no fue barrida desde que se estableció la «democracia», y la basura se quema directamente en los patios. Al fin y al cabo, la cultura se determina por el conjunto de valores reconocidos por la «masa crítica» de la nación.

Hoy la situación cultural en Rusia constituye un complejo de visiones y planteamientos contradictorios, de lógica rota y absurda, de reflexiones profundas, entramadas en un cinismo y unas mentiras sin precedentes. Es lo que Mikhail Bajtin llamó «la muerte de los dioses». No puede considerarse esto como un malestar cultural, ni siquiera una crisis. Es el derrumbe de todo el modelo de la civilización llamada moderna (o industrial, o judeo-cristiana) injertada en el tronco de la poderosa cultura de Rusia que se nutría de las cosmovisiones de las cuatro religiones mundiales y la mitología de un centenar de etnias. Este injerto, en aras de la Razón y el Progreso, con el marxismo como la ideología del industrialismo más libertaria de aquel momento, produjo, al principio del siglo, la explosión de la sociedad tradicional de Rusia-Eurasia. Sin embargo, no fue mortal. La pasión mesiánica del bolchevismo dominó la virulencia de los conceptos occidentales, los integró en un proyecto que consolidó a la nación desgarrada. Las tensiones, que parecían insostenibles, fueron convertidas en impulso de trabajo creativo, con el fervor cuasirreligioso, de penitencia por el fratricidio de la Guerra Civil. Fuimos martirizados y fuimos felices en ese proyecto. Y sólo un total vacío espiritual hizo a ciertos «expertos» ex-comunistas (como, por ejemplo, Fernando Claudín) proponer a sus lectores esta pobre explicación del fenómeno del desarrollo económico, científico y cultural de la URSS en los años 30-50: el temor ante las represiones

estalinianas. Que Stanislavsky y Eisenstein, Prokofiev y Shostakovich, Vernadsky y Yuri Gagarin realizaron sus obras gracias al látigo del verdugo. ¡Hasta dónde cayó Europa en su visión antropológica!

En cuanto a la explicación del fenómeno de la perestroika, la ligereza de los ideólogos occidentales parece aún más increíble. Todo se reduce a la lucha de los «demócratas» contra los «conservadores» y a la nostalgia de la «nomenclatura» por sus privilegios. ¿Qué se logra con atontar tanto a su propia clase media?

Se dice, solapadamente, que la URSS perdió la guerra fría y hoy está pagando el precio de la derrota. Esto sí es más serio. Esta guerra era fría, pero *guerra*. Establecida la paridad militar con Occidente, nosotros aceptamos, con alegría, la propuesta de paz y desarme mutuo. «¡Seamos hermanos! ¡Volvamos a la casa común europea!» —éste era el canto de Gorbachov. Pero a espaldas de la nación él firmó no un acuerdo de paz, sino el acta de capitulación. Tan secreta, que ni siquiera hoy se nos han dado a conocer las condiciones. Pero ya podemos calcularlas a partir de los hechos.

Los móviles de políticos como Gorbachov y su media naranja, Yeltsin, son objeto para el psicoanálisis y la criminología. Más importa, que todo intelectual honesto que ayudaba, con su pluma o con el movimiento de su alma, a estos «demócratas», marchara, quisiera o no, en las filas de los soldados de la guerra fría en su batalla final. Y pude mirar con orgullo los primeros (sólo primeros) frutos de la victoria: cientos de miles de cuerpos destrozados en Bosnia, Moldavia, Armenia y más allá, a lo largo de todo el «arco de inestabilidad» creado según la doctrina de la guerra fría. Mirar con orgullo la prostitución infantil en el bello San Petersburgo (los palacios de Leningrado, donde los niños se dedicaban a la música o al ajedrez, están vendidos a los dueños de casinos, que nos traen la modernidad desde Barcelona y Las Vegas). Mirar con orgullo las masacres, ya habituales, en el centro de Moscú, cuya población vio por primera

vez la porra policíaca («democratizada») sólo el 1 de Mayo de 1989. ¿O es que el intelectual europeo lo ve todo esto con terror? De eso no tenemos ni el más leve indicio. No oímos ni un solo grito: «¡Perdonadme, bosnios, iraquíes, rusos! ¡Yo no sabía que iba a ser ese el precio de mi victoria!». No oiremos nunca tal grito, porque lo *sabía*. Porque tal era el precio de todas las victorias de la sociedad moderna sobre la tradicional, incluida la Reforma protestante en la propia Europa.

Alguien dirá que este es un tópico ajeno al tema. Como me dijo una buena amiga en España, «ustedes están en apuros, así que no nos molesten con sus problemas». Qué inocencia. Es un arte vencer de tal manera que el vencido no te agarre en un abrazo mortal. Occidente resultó ser demasiado sencillo para esto. De manera arrogante, Gorbachov fue nombrado «mejor alemán del año», es convidado de honor en todas las capitales, y los mejores periódicos se llenan de sus sosas moralejas. Además, la codicia (así se pierde el mono que agarra la manzana dentro del cántaro y no quiere soltarla). Se dio la bienvenida a España al dinero robado de Rusia por la «nomenclatura democrática» que coloniza Marbella, y decenas de millones de dólares circulan ya, como veneno, por las arterias de la economía. Y en cada dólar hay sudor y lágrimas de los saqueados. Y de nada vale tampoco la campaña apresurada de la prensa y TV que hace poco presentó a Rusia como un «imperio del Mal», creando la imagen generalizada de miseria, crimen y peste. Se aprovecha la misma monstruosidad del yeltsinismo («miren, incluso la democracia de ellos es repugnante»).

Todo esto no es ajeno al tema, porque la idea clave de toda la preparación cultural de la *perestroika* era «la integración en la civilización occidental». Esta idea, clavada a martillazos por la prensa totalitaria en millones de cabezas (ante todo, de los intelectuales), se convirtió en una utopía que hoy moldea todo el ambiente cultural. Por eso la actitud de Occidente, y sobre todo de su élite intelectual, está hoy en el

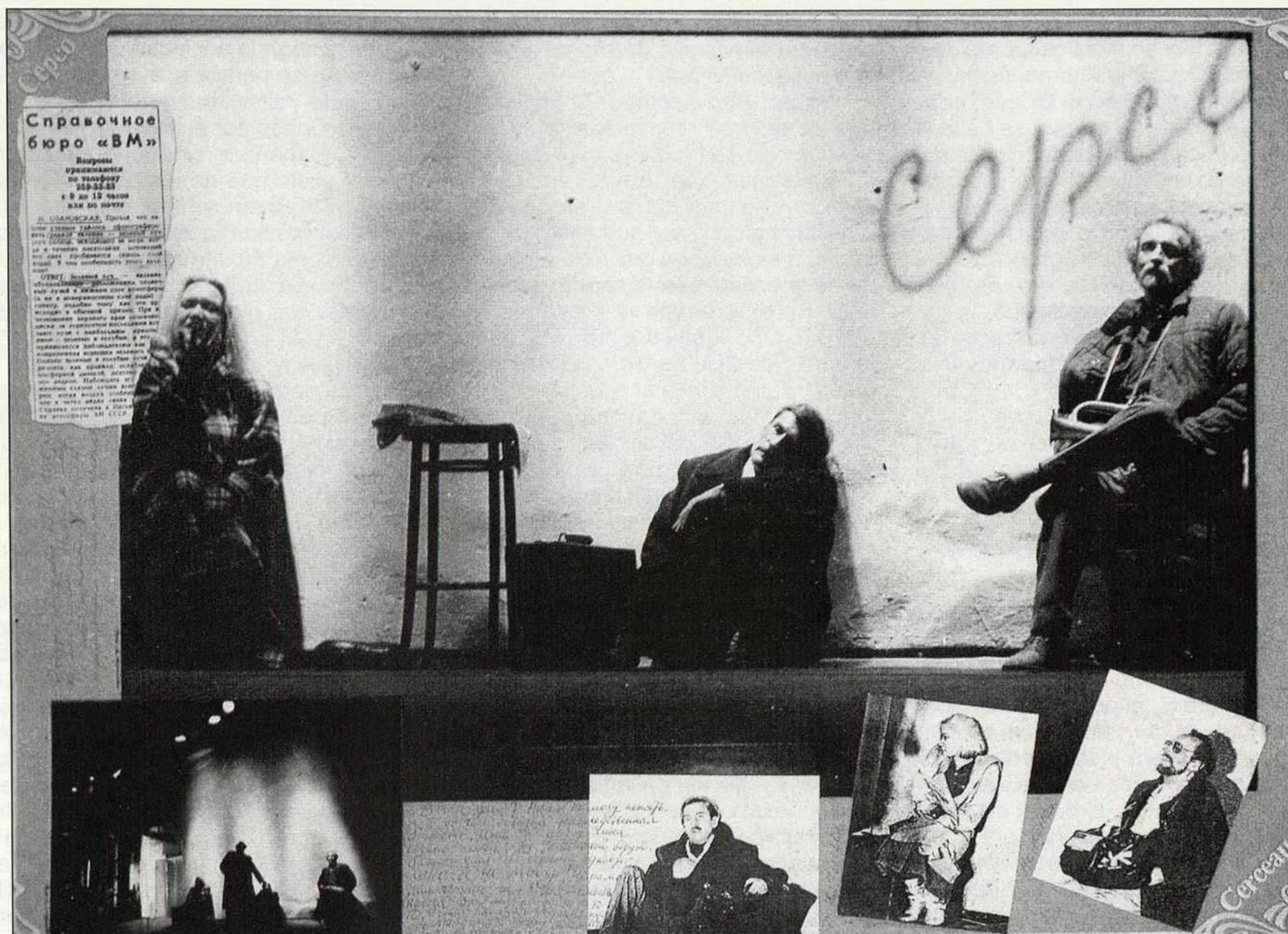


Ilustración para "Sersó", de Viktor Slavkin. Dirección: Anatoly Vasiliev. (1984).

centro de atención. Todo mensaje cultural de los liberales plantea esta pregunta: «¿Es tan humanista Europa como creíamos? ¿Nos ha engañado Occidente? ¿Se repite la "intervención modernizadora" de siempre, la de los teutones, de Napoleón, de Hitler —sólo que de manera mejor preparada?» La falta de respuestas mortifica a muchos hombres de la cultura, que creyeron sinceramente en este nuevo mito eurocentrista que sirvió de pantalla para la destrucción de todos los soportes de la vida de una compleja y frágil civilización como era la URSS. Destrucción realizada de manera propia del bolchevismo más radical, pero esta vez bajo la bandera del neoliberalismo.

Ningún intelectual en Rusia puede ahora huir de esta pregunta: en el momento de equilibrio inestable, de viraje hacia la «revolución desde arriba» ¿hacia dónde empujaba él a la nación confiada en la palabra de sus poetas, artistas y científicos? Un cineasta de gran talento, Stanislav Govorujin, autor del film más

destrutivo (*"Así no se puede vivir"*) reconoció: «Yo estaba apuntando hacia el comunismo, pero di en Rusia». Pero ya todos sabemos que la élite cultural, como colectivo social, empujó a su país hacia el abismo. Y cada acto de cultura significa hoy una u otra respuesta en el mudo interrogatorio.

Estas respuestas constituyen, de hecho, todo el panorama cultural en Rusia. Ellas dejan ver, bajo ángulos más agudos, los rincones del alma humana y el significado metafísico de un fenómeno único que era la *intelligentsia* rusa (probablemente, la perestroika ha sido su canto de cisne). Vivimos estos años como dentro de las páginas de Dostoyevski.

Hoy desaparece entre convulsiones, bajo la mirada de buitres de los colegas occidentales, la ciencia soviética, enorme y rico sistema cultural. Una doble angustia oprime la conciencia del científico, sincero e ingenuo seguidor del académico Sajarov. Primero, la angustia del soldado traicionado: los intelectuales, la fuerza de

choque de la perestroika, resultaron su primera víctima social. El desmantelamiento de la ciencia resultó ser un punto importante del acta de capitulación. Segundo, la comunidad científica, el niño mimado de la nación, pasa a la nada quedándose en la memoria social como gran provocador colectivo. La cúpula científica, bajo la batuta de Gorbachov, cometió en los años de la perestroika un fraude sin par en la Historia. Utilizando la enorme autoridad de la Ciencia (desbordada aún más en la sociedad tradicional adoctrinada en el marxismo), ilustres académicos ayudaron a convencer al pueblo soviético de los postulados del neoliberalismo, convencerlo de abandonar los principios de solidaridad por la caza del fantasma de las libertades y del consumismo. Convencieron a cada uno sólo en estratos superficiales, ideológicos, de su conciencia. Convencieron por poco tiempo, pero suficiente para asestar un durísimo golpe a todas las estructuras vitales de la URSS. Sin hablar de las mentiras más burdas

(como, por ejemplo, en el libro emblemático «La perestroika económica», presentado por Ramón Tamames como lúcido), el fraude consiste en el hecho de que el determinismo económico, en que se basa la economía política crematística, contradice al conocimiento científico de hoy. Y el modelo antropológico del neoliberalismo (*homo economicus*, individuo egoísta racional) contradice al conocimiento de antropología evolucionista de hoy. Así, actuando como cuerpo ideológico, la cúpula científica ha obrado como fuerza oscurantista, mintiendo deliberadamente a la nación. Qué triste final.

Algunos intelectuales, sin tener el valor necesario para reconocer su papel destructivo, se tiran hacia delante por el mismo camino, cayendo cada vez más en su social-darwinismo más canibalesco. El eminente director, Andrón Mijalkov-Konchalovsky, al expresar su alegría porque Rusia por fin ha recobrado el orden social «normal», aclaró su visión de lo que él considera normal para el país que antes era suyo: no será como en Europa; se formará una pequeña minoría de propietarios extremadamente ricos y los demás, muy pobres; no habrá clase media, y por lo tanto no puede formarse una sociedad civil y una democracia; el orden se mantendrá por un régimen autoritario y duro; el más normal para Rusia será el modelo de Brasil. Esta es la utopía del intelectual ruso acomodado en Occidente. Y su mensaje es aplaudido por la joven democracia de Rusia, mientras que en toda América Latina será difícil encontrar a un intelectual que se atreva a decir que el modelo social de Brasil, con el 40% de los niños trastornados por la falta de proteínas, es normal para su país. Ni siquiera los gorilas que ganan su pan manteniendo este orden, lo dicen. Pero Konchalovski es optimista. Otros, en un pesimismo de dimensiones escatológicas, plantean una especie de *Exodo* bíblico, de huida de nuestra arcaica, incorregible civilización («Egipto»). Se pronostica la muerte de un tercio de «egipcios» y la vida en el desierto de varias generaciones. ¿Cómo puede explicarse que el anciano poeta Bulat Okudzhava, refinado humanista, «estuviera gozando» al ver por TV cómo las ametralladoras barrían a gente desarmada, mujeres y niños, que vinieron a proteger el parlamento con sus cuerpos? ¿Para qué esta manifestación de sus complejos más anómalos? ¿Por qué precisamente hoy, cuando en el país, según el informe de gobierno, «se formó un grupo social de 9 millones de personas cuyo nivel de alimentación está muy por debajo del mínimo fisiológico», los escritores y poetas eli-

tistas iniciaron la costumbre de hacer sus tertulias televisivas detrás de una mesa suntuosa, comiendo?

Causa gran asombro la facilidad con que los autores «conversos» en democracias han roto con toda su obra anterior. Es imposible imaginar hoy el encuentro de Chinguiz Aitmatov con sus propios héroes, o a Konchalovski ver su mejor película, *El primer maestro* (con guión de Aitmatov): el héroe le escupiría a la cara desde la pantalla. En el aire está la pregunta: «¿Por qué?» ¿Qué ideales pueden pagar esta renuncia de toda su vida, de sus mejores obras? Ya no se habla ni de libertad ni democracia, los cañonazos de Yeltsin han destrozado este pálido mito. Se quedó el único dios: el *mercado*. ¡Pero esto se vuelve grosero! ¿Qué poesía, qué música puede inspirar la idea de mercado? Efectivamente, en la historia de la Rusia moderna no hubo época tan pobre culturalmente como estos años de la «transición al mercado». Desaparecieron incluso interesantes cantautores y movimientos de rock inconformista de los años 80 o pequeñas obras coyunturales, como «Los hijos de Arbat», primitivas pero con algún contenido. (No hablo de los movimientos culturales que no cayeron en la tentación «democrática», como muchos escritores, poetas y artistas «conservadores»; pero están casi ahogados económicamente y por el momento no dominan el panorama cultural).

Es, realmente, otro fenómeno asombroso. En los años 70-80 la élite disidente (más correcto, seudodisidente) logró crear un mito. Todos creímos que era el régimen burocratizado y aburrido quien con su censura encadenaba la enorme fuerza creativa de los «renovadores». Que a la luz de la *glasnost* ellos sacarían sus manuscritos escondidos, y conoceríamos un tesoro rico y variado. Fue abolida la censura: ¿y qué? Se presentó un vacío o una pobreza espiritual absolutamente inesperados. Surge una explicación paradójica: nuestro movimiento liberal dentro de la cultura existía precisamente gracias a la presión del régimen. Por una parte, la censura, en realidad, limitaba la producción de porquería (que está llenando hoy el mercado cultural); por otra parte, obligaba a esforzarse un poco para crear obras de doble lenguaje, con interrogantes, con ironía (como dijo un poeta y filósofo ruso, «cuando se logra la libertad de expresión, se pierde la libertad de pensamiento»). Tremenda metamorfosis se produjo con Eldar Riasanov que hizo época en el cine soviético, con sus finas y líricas comedias. Hoy parece que éstas eran películas cabalmente «comerciales», que respondían a la demanda social y se hacían

dentro del marco de los valores que dominaban la sociedad. Hoy este gran cineasta se dedica a la creación de la imagen de Yeltsin, buen hombre, buen padre, preocupado por el bienestar de sus súbditos. Alabanzas cinematográficas de tan mal gusto que no las aceptarían ni Krushchov, ni Breznev. Esta decadencia no tiene explicación razonable y es, por sí sola, el síntoma de una autodestrucción, un autorrechazo cultural, signo de Tiempos Oscuros, que más de una vez atravesó Rusia en su larga historia. Producto de un radicalismo guiado por anti-ideales.

El caos puede producir un nuevo orden, pero es casi imposible predecir el curso y el ritmo de este proceso, como también la imagen de este orden. Otras veces Rusia salió del Tiempo Oscuro renovada y con gran vigor cultural. Pero nunca antes se formó una combinación tan poderosa de fuerzas externas y propias llevadas por el deseo de destruir nuestra cultura «incorrecta», «volvemos» al seno de la civilización en forma de polvo humano (y recursos minerales).

Sin duda, en el curso de la crisis se forman y desaparecen muchos gérmenes de nuevas estructuras y formas culturales. Los vemos (o no vemos) según el filtro ideológico que tiene cada uno. Yo, por ejemplo, veo detrás del humo de la fiebre mercantil, del robo y la corrupción, la resurrección de los viejos arquetipos de Rusia. Todo lo contrario a la utopía liberal. Solidaridad contra el individualismo, espíritu imperial contra el separatismo y nacionalismo. Una fuerte tensión espiritual y emocional se descarga en manifestaciones culturales de alta expresividad. A veces, bellas, a veces espantosas. Surge una nueva religiosidad al lado de la Iglesia oficial, cuyo espíritu se destruye por la mera presencia, vela en mano, de los nuevos gobernantes, esos generales del KGB y secretarios del PCUS, convertidos, de la noche a la mañana, en buenos cristianos. Esta religiosidad se expresa en el magnífico canto de Tatiana Petrova, con letra de los mejores soviéticos y música de compositores de la Iglesia ortodoxa. En las palabras, a media voz, de los viejos en las concentraciones de «pardirrojos», de extraordinaria carga expresiva, comparable a las profecías bíblicas. O en la marcha de estos viejos hacia las filas monstruosas de fuerzas antidisturbios, hasta que estable el terrible ruido de centenares de porras golpeando las cabezas canosas.

Vivimos todo eso, y cada día está lleno de angustia y de felicidad, viendo de cerca lo más bajo y lo más bello del ser humano. Y de esto, posiblemente, surgirá una Palabra nueva.